

KRISTAN HIGGINS

*Hora de
soñar*



La joven viuda Lucy Lang solo buscaba un hombre agradable y decente. Alguien que cortara el césped, se encargara de la barbacoa y enseñara a sus futuros hijos a jugar al fútbol. Pero, sobre todo, alguien que no le alterara lo más mínimo el corazón, ni ninguna otra parte de su cuerpo. Lucy no podía arriesgarse a otra pérdida más. De modo que no le quedaba otro remedio que despedirse de Ethan, su ardiente y completamente inapropiado amigo con derecho a roce, y buscarse un hombre con el que pudiera casarse.

El problema era que Ethan Mirabelli no pensaba marcharse a ninguna parte. En su opinión, lo que ella necesitaba lo tenía justo ante sus ojos. Pero ¿sería capaz de convencerla de que su amor podría durar eternamente?

Índice de contenido

Cubierta

Hora de soñar

Carta de la autora

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Sobre la autora

Este libro está dedicado, ¡por fin!, a mi paciente,
divertida, generosa y adorable madre, Noël
Kristan Higgins.
Gracias, mamá, por todo. Te adoro.

¡Hola!

Hora de soñar, es la historia de Lucy y Ethan. Una historia sobre segundas oportunidades. Después de que la muerte de su marido le rompiera el corazón, Lucy está segura de no querer volver a enamorarse. Preferiría encontrar a algún tipo fiable, algo aburrido, más un compañero que el nuevo amor de su vida. Pero Ethan, su fiel vecino, está decidido a escapar del papel de «amigo con derecho a roce», y conseguir que Lucy lo vea como algo más.

Como sucede con todos mis libros, espero que te rías un montón y también que eches alguna lagrimita que te llene de satisfacción. En esta ocasión hay algo nuevo... ¡un gato! Gordo Mikey es un guiño a mi majestuosa mascota, Cinnamon. El nombre de Gordo Mikey me lo «prestaron», mis vecinos calle abajo. Espero que te encariñes con este minino cascarrabias.

Fui bendecida al nacer en una gran familia húngara volcada en bebés, risas y comida, sobre todo postres, por lo que me resultó muy divertido situar esta historia en una pastelería. Hay mucha comida rica en este libro y colgaré algunas recetas en mi página web, por si te interesan. Y si bien las Viudas Negras de esta historia son inventadas, fueron inspiradas por mis tres tías abuelas, Anne, Mimi y Marguerite, y por mi abuela, Helen, cuyo apodo era «Bunny». La tradición pastelera de mi familia sigue vigente en mis adorables y encantadoras tías, Rita, cuyos pasteles son legendarios, Hilary, que prepara la mejor tarta de manzana a este lado del Mississippi, y Teresa, que no es repostera, pe-

ro sí lo bastante lista para casarse con un hombre que sí lo es, y que lo hace impresionantemente bien.

¡Hazme saber si te ha gustado el libro! Siempre resulta un placer tener noticias de los lectores.

Con mis mejores deseos,

Kristan

www.kristanhiggins.com

Agradecimientos

A Maria Carvainis, mi querida amiga y agente, humilde y profunda. Gracias por todo lo que haces por mí.

En HQN Books, muchas gracias a la brillante Keyren Gerlach, cuyos intuitivos comentarios y fe en este libro contribuyó a hacerlo brillar, y a Tracy Farrell y el resto del maravillosamente alentador equipo por su fe y apoyo.

Gracias a mi más vieja y muy querida amiga, Catherine Arendt, y a su familia, que me ayudó con el vocabulario típico de Rhode Island. Al próximo café invito yo.

Mark Rosenberg, Marc Gadoury y Kate Corridan, del Apple Barrel de Lyman Orchards, en Middlefield, Connecticut, son los responsables de los mejores pasteles de Nueva Inglaterra. Gracias por permitirme observar, hacer preguntas y, básicamente, estorbar mientras horneaban por la mañana el pan y los dulces para los afortunados clientes de Lyman.

Me siento agradecida a Cassy Pickard por surtirme alegremente de juramentos en italiano, y por leer el primer borrador, y a Toni Andrews que sabe más sobre planos que nadie en el mundo. Mis amigos de CTRWA han sido un maravilloso y entusiasta apoyo en este proyecto, y tengo mucha suerte de tenerlos como caja de resonancia.

En último lugar en esta lista, aunque ocupen el primero en mi corazón, gracias a los tres amores de mi vida, mi maravilloso esposo y los dos mejores hijos del mundo.

Capítulo 1

—Tienes bigote.

Aunque oigo el comentario susurrado en voz alta, no consigo registrarlo del todo, ya que me encuentro presa de la adoración al contemplar a esa maravilla que es mi sobrina de tan solo una hora de vida. Su carita sigue roja por el esfuerzo de nacer, sus ojos de color azul oscuro son tan grandes y su expresión tan tranquila como los de una tortuga. Seguramente no debería decirle a mi hermana que su bebé me recuerda a un reptil. Bueno. El bebé es impresionantemente hermoso. Un milagro.

—Es asombrosa —murmuro mientras Corinne sonrío resplandeciente y aparta ligeramente al bebé de mí—. ¿Puedo tomarla en brazos, Cory? —Mis dos tías murmuran con desaprobación. Hasta el momento solo mamá ha tenido al bebé en brazos y me estoy saltando la jerarquía.

—Esto... bueno... —Mi hermana titubea.

—Déjala, Cory —la anima Chris, y mi hermana me pasa a regañadientes el pequeño fardo.

Está calentita y es preciosa, y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Hola, tú —susurro—. Soy tu tía.

No me puedo creer lo mucho que amo a ese bebé. No tiene más de cincuenta minutos de vida, y ya estoy dispuesta a arrojarme delante de un autobús por ella, si surgiera la necesidad.

—¡Eh! Lucy —de nuevo la voz de Iris—. Lucy, tienes bigote —mi tía de setenta y seis años se da un toquecito con

el dedo sobre el labio superior—. Ahí. Además, la estás sujetando mal. Déjamela a mí.

—¡Jopetas! No estoy muy segura acerca de eso —protesta Corinne, aunque Iris me arrebatara hábilmente al bebé.

Mis brazos se sienten vacíos sin el dulce peso de mi sobrina.

—Bigote —insiste Iris, señalándome con la barbilla.

Casi en contra de mi voluntad, mi dedo se levanta hasta el labio superior y... ¡aggh! Algo espeso y casi afilado, como un pedazo de alambre de espino está incrustado en mi piel. ¡Un bigote! Iris tiene razón. Tengo bigote.

Mi diminuta tía Rose se acerca hasta mí.

—Déjame echar un vistazo —me dice con su vocecilla de niña mientras observa atentamente mi labio.

Y antes de que me dé cuenta, agarra el ofensivo pelo y da un tirón.

—¡Ay! ¡Rose! ¡Eso ha dolido! —presiono con un dedo el folículo que empieza a escocer.

—No te preocupes, cielo, lo entiendo. Debes estar empezando con El Cambio —me ofrece una sonrisa cómplice antes de mirar el pelo a la luz.

—Tengo treinta años, Rose —protesto débilmente—. Ya está bien de mirarlo —le arranco el pelo de la mano.

Ha sido una casualidad. No estoy menopáusica. No puedo estarlo. ¿O sí? Cierto que me siento algo... madura, dado que mi hermana pequeña ha tenido un bebé antes que yo...

Rose escudriña mi rostro en busca de otro pelo.

—Podría ser. Tu prima segunda, Ilona, tenía treinta y cinco. No me parece que seas demasiado joven. El bigote suele ser la primera señal.

—Electrolisis —recomienda mi madre mientras remete las sábanas alrededor de los pies de Corinne—. Grinelda lo hace. Haré que te eche un vistazo la próxima vez que venga a hacer una lectura.

—¿Tu vidente también hace electrolisis? —pregunta Christopher.

—Es médium. Y sí, Grinelda es una mujer muy talentosa —contesta Iris mientras sonrío a Emma.

—¿Y a mí no me va a tocar tener al bebé en brazos? —protesta Rose con voz chillona—. Y, por cierto, yo me lo decoloro. Una vez me lo afeité, y, tres días después, parecía el tío Zoltan después de una juerga de varios días —toma a mi sobrina de brazos de Iris y su arrugado y dulce rostro se transforma en una sonrisa.

—Afeitarse. Nunca te afeites, Lucy —asevera Iris—. Se te pone la piel rugosa.

—Eh... de acuerdo —contesto mientras le lanzo una mirada a mi hermana. Desde luego no es la típica conversación para una sala de partos—. ¿Cómo te encuentras, Corinne?

—Estupendamente —contesta ella—. ¿Puedo recuperar a mi hija, por favor?

—¡Pero si me la acaban de dejar! —protesta Rose.

—Pásala —ordena Christopher.

Rose obedece con un suspiro propio de un mártir.

Mi hermana contempla al bebé antes de levantar la vista hacia su marido.

—¿Crees que deberíamos echarle algún antiséptico? —pregunta con el ceño fruncido de preocupación.

—No —contesta Chris—. Os habréis lavado, ¿verdad, chicas?

—Por supuesto. No quisiéramos que Emma pillara la polio —contesta Iris sin rastro de sarcasmo en su voz mientras yo contengo una sonrisa.

—Chris, cielo, ¿cómo te encuentras tú, cariño? —le pregunta Corinne a su marido.

—Mucho mejor que tú, cielo. A fin de cuentas yo no acabo de dar a luz.

Corinne agita una mano en el aire.

—Lucy, estuvo maravilloso. En serio. Tendrías que haberlo visto. Tan tranquilo, tan atento. Estuvo impresionante.

—Yo no hice nada de nada, Lucy —me asegura mi cuñado mientras alarga una mano para acariciar la mejilla del bebé—. Tu hermana... es increíble.

Los nuevos padres se miran el uno al otro con adoración babeante y yo vuelvo a sentir el familiar y nostálgico nudo en mi garganta.

Jimmy y yo podríamos habernos mirado así.

—¡Hola! Soy Tania, tu adiestradora de lactancia —una potente voz hace que todos peguemos un salto—. ¡Vaya, vaya! Menuda concurrencia. ¿Te gusta tener público, madre?

—Corinne, deberíamos irnos —propongo yo, aunque es bastante posible que mi madre y mis tías quieran quedarse para presenciar el reportaje en directo—. Te veremos después. Estoy muy orgullosa de ti —beso a mi hermana, acaricio una vez más la mejilla de mi sobrina e intento hacer como que no me he dado cuenta de que Corinne le limpia la carita al bebé—. Adiós, Emma —susurro con los ojos de nuevo llenos de lágrimas—. Te quiero, cielo.

Mi sobrina. ¡Tengo una sobrina! Mi cabeza se llena de imágenes de meriendas y de saltar a la comba.

—Te veré luego, Lucy. Te quiero —mi hermana me sonríe y se arriesga a soltar una mano para darme una palmadita en el brazo. Ya ha adquirido un instintivo manejo del bebé.

—Vamos a echar un vistazo a esos pezones —ruge Tania, la adiestradora de lactancia—. Marido, toma al bebé, ¿quieres? Necesito echar un vistazo a los pechos de tu mujer.

Como un border collie bien adiestrado, empujo a mamá, Rose e Iris fuera de la habitación. En el pasillo me doy cuenta de una cosa. Mi madre, mis tías y yo misma vamos todas vestidas de negro. Casi doy un traspié. Mamá lleva un elegante jersey negro, que no desentonaría en Audrey

Hepburn. Iris lleva un jersey negro de cuello alto y Rose un suéter negro sobre una falda blanca. Mi camiseta del día resulta ser negra. Me levanto a las cuatro de la madrugada y no dedico mucho rato a elegir la indumentaria. Esta camiseta estaba encima del montón.

Por un irónico y desafortunado giro del destino, el apellido de soltera de mi madre, Iris y Rose es Black, negro en inglés, una traducción literal del húngaro Fekete, adoptado cuando mi abuelo emigró desde Hungría. Y por un giro aún más irónico y desafortunado del destino, las tres quedaron viudas antes de cumplir los cincuenta, de modo que resulta de lo más natural que se las conozca como Viudas Negras. Y en este día, el más feliz de todos, por algún motivo, todas vestimos de negro. Y, de repente, se me hace aún más evidente que yo, también viuda joven, me parezco hoy más a las Viudas Negras que a mi radiante hermana. Que hoy he encontrado mi primer pelo en el bigote y que he recibido consejos sobre depilación facial.

Y que estoy muy lejos de tener mi propio bebé, una idea que cada vez protagoniza más a menudo mis pensamientos. A fin de cuentas, han pasado cinco años desde la muerte de Jimmy. Cinco y medio. Cinco años, cuatro meses, dos semanas y tres días, para ser más exacta.

Estos pensamientos ahogan la cháchara de mis tías y mi madre mientras conduzco por el pequeño puente hasta Mackerly, hasta la pastelería en la que trabajamos las cuatro.

—Vamos a ir al cementerio —anuncia mamá mientras se van bajando del coche, primero Iris, luego Rose y luego mi madre—. Tengo que contarle a tu padre lo del bebé.

—De acuerdo —contesto forzando una sonrisa—. Os veré dentro de un rato.

—¿Seguro que no quieres venir? —pregunta Rose. Las tres inclinan las cabezas hacia mí.

—Cielos, creo que no.

—Ya sabéis que tiene un problema con eso —interviene mamá con paciencia—. Vamos. Te vemos luego, cielo.

—Síp. Que os divirtáis —y sé que lo harán.

Las observo mientras se dirigen calle abajo hacia el cementerio donde están enterrados sus maridos, y el mío.

El sol brilla, los pájaros cantan, mi sobrina está sana. Es un día muy muy feliz, con o sin bigote. Viuda o no.

—Un día feliz —canturreo en voz alta mientras entro en el local.

El cálido e intemporal olor de la pastelería Bunny's Hungarian Bakery me envuelve como un manto protector de azúcar, levadura y vapor. Y yo respiro hondo. Jorge está limpiando en la parte de atrás y levanta la vista cuando entro.

—Es preciosa —le digo.

Él asiente, sonrío, y vuelve a la tarea de despegar los restos de masa de las encimeras.

Jorge no habla. Lleva años trabajando en Bunny's. Su edad está en algún punto entre los cincuenta y los setenta años. Calvo, con una preciosa piel oscura y un tatuaje en el brazo que representa la agonía de Jesús en la cruz, Jorge nos ayuda con la limpieza y con la distribución del pan, ya que Bunny's suministra pan, mi pan, el mejor pan de todo el estado, a varios restaurantes de Rhode Island.

—Esta noche yo haré la entrega del pan en Gianni's, Jorge —le digo mientras él empieza a cargar el pan. Asiente, se dirige a la puerta trasera y se queda parado un segundo. Es su manera de decir adiós—. Que tengas una buena tarde —le digo. Él sonrío, mostrando su diente de oro, y se marcha.

El congelador vibra, el fluorescente defectuoso sobre la zona de trabajo suelta un zumbido, los hornos de enfriamiento parpadean. Aparte de eso, el único sonido es el de mi propia respiración.

La pastelería Bunny's lleva en la familia desde hace cincuenta y siete años. Abierta por mi abuela, poco después